

Tipo de artículo: Reflexión

Página inicial: 368 **Página final:** 392

A 100 años de la Osadía Bolchevique

100 years of Bolshevik Boldness

Por: Santiago Alarcón¹

Recibido: octubre de 2017 **Revisado:** noviembre de 2017 **Aceptado:** diciembre de 2017

Resumen

Cien años después, con el capitalismo aún vigente, nos seguimos preguntando por lo que sucedió, por los errores y los posibles logros que se dieron; la pregunta se hace bajo la misma esperanza y convicción que tuvieron los camaradas rusos hace cien años: destruir el régimen que vive a costa de la explotación humana y construir, como dijo Durruti, el anarquista español, “un mundo nuevo que llevamos en nuestros corazones”.

Palabras Clave. Marxismo; teoría crítica; praxis; pensamiento crítico; método dialectico.

Abstract

One hundred years later, with capitalism still in force, we keep asking ourselves about what happened, about the mistakes and the possible achievements that were made; the question is asked with the same hope and conviction that the Russian comrades had a hundred years ago: destroy the regime that lives at the cost of human exploitation and build, as Durruti, the Spanish anarchist, said, "a new world that we carry in our hearts".

Key Words. Marxism; critical theory; praxis; critical thinking; dialectical method.

¹Estudiante de sociología.
Universidad de Antioquia.
Grupo de estudio Método
Marxista y Teoría Crítica
Radical. Medellín
(Colombia). Contacto:
santiago.wilshire91@gmail.com
santiago.wilshire91.com

Introducción

¿Cuál es el tipo de lectura y de abordaje que deberíamos hacer los anticapitalistas de hoy a propósito de la Revolución bolchevique? Mucha tinta es la que ha corrido entre libros desde aquel octubre de 1917, ante ese maremágnum de contenidos teóricos, historiográficos, narrativos, artísticos y demás, ¿cómo movernos para hacernos a algunas ideas claras que nos permitan revelar la verdad de lo sucedido? Estamos ante una de las experiencias políticas cruciales del siglo XX, y una de las más representativas para el marxismo, pues la Revolución rusa fue una obra dirigida por marxistas, lo que la hace objeto de la controversia teórica y política: de un lado, de la malversación y tergiversación por parte de intelectuales a sueldo de la burguesía que se encargan de minar sus enseñanzas; de otro lado, constituye una complejidad a la hora de reconocer los errores que en dicha revolución se cometieron y que, siendo coherentes con el marxismo en su estatus de teoría crítica radical, no podemos titubear a la hora de señalar.

Con la Revolución rusa se reitera un fenómeno que nunca ha dejado de perseguir a la imagen del Karl Marx, esto es, un rechazo estéril y compulsivo. Desde diversos ámbitos se ha generado una opinión al respecto del pensador alemán, en claustros universitarios y parlamentos se ha gastado saliva, tinta y papel para denostar de las ideas y la obra del genio de Tréveris. Pero pocos, muy pocos, tienen el coraje de analizar críticamente esa obra y sumergirse en el intríngulis de sus planteamientos para demostrar el origen de los supuestos errores, por el contrario, dan paso a generalizaciones abstractas que yerran de incompetencia crítica. La complejidad de un

pensador los sobrepasa a lo que han respondido impulsivamente, pero como lo ha dicho Terry Eagleton *El discurso posmoderno pasa, el marxismo queda* en referencia a la persistencia histórica de un pensamiento que ha pervivido por la solidez de sus ideas ante estériles ataques.

Así como con Marx, por bien de la objetividad teórica e histórica, muchos deberían empezar por dejar a un lado sus impresiones superficiales, sus emociones inmediatas y las deducciones generales sobre uno de los acontecimientos más manoseados por un sensacionalismo periodístico encargado de producir la estigmatización soviética, sino se quiere ser víctima de esta mitología, antes de emitir un juicio sobre la Revolución rusa es preciso declarar honestamente el desconocimiento que se tenga sobre la misma y desde ahí emprender un serio trabajo de estudio que implica una actitud investigadora, para no sucumbir ante los tentadores discursos de lo que no es más que un idealismo ahistórico que ha reproducido hasta en la mente de los más brillantes intelectuales “verdades” incuestionables y opiniones que se caracterizan por la ausencia de una sustentación empírica de sus afirmaciones.

Hablando de los fracasos del socialismo, de la mano de un Fukuyama, la derecha ortodoxa y liberal, vaticina la imposibilidad de una organización económica distinta a la que el capitalismo ha instaurado. Pero del lado de cierta izquierda también se ha dado una aceptación acrítica del supuesto fracaso del socialismo, en este caso del soviético. Y así como el triunfo de los bolcheviques no debe ser tomado como una referencia sagrada del “deber ser” de la acción revolucionaria, juzgar el derrumbamiento de la Unión Soviética como la expresión de un fracaso total, y que por

tanto, nada habría de rescatarse o valorarse de la Revolución bolchevique como experiencia política de transformación, es un rechazo en bloque sin matices y sin un análisis detallado que me parece igual de estéril que el de la verborrea académica y el oportunismo político. Es la apología a la inversa, la trampa soterrada de los que se excluyen de la responsabilidad de hacer el análisis histórico del que dependen los argumentos frente a la Revolución rusa.

Sea este centenario de la Revolución rusa para volver a prender alarmas, porque la incompetencia crítica no proviene solo de académicos reaccionarios, sino también, de unos izquierdistas que se dan la mano en tal lamentable defecto con derechistas y liberales.

En un reciente trabajo, *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra* de Domenico Losurdo, el autor ha señalado el error que le subyace a esta jeringonza intelectualoide, es una cierta convergencia metodológica que ha provocado una complicidad común. Evocando una gran paradoja, recuerda Losurdo una época en la que Stalin gozó de una imagen benigna y admirable, el “Tío Joe” era considerado no el dictador cruel y sanguinario, sino, el gran Estadista, el gran estratega de la segunda guerra mundial y el mariscal eficiente que estuvo al mando de la derrota del nazi-fascismo. Políticos como Churchill (Citado por Losurdo, 2011, p. 15) e intelectuales como, ¡sí, aunque cueste creerlo! Hannah Arendt –la misma que años más tarde equipararía el totalitarismo nazi al del comunismo- expresaron su opinión favorable por Stalin y la nación que dirigía. Era, en consecuencia, la antípoda de la imagen con la cual se nos suele presentar a Stalin y a la Unión Soviética.

Hannah Arendt había dejado escrito que el país dirigido por Stalin se había distinguido por “el modo, completamente nuevo y exitoso, de afrontar y armonizar los conflictos entre nacionalidades, de organizar poblaciones diferentes sobre la base de la igualdad nacional; se trataba de una suerte de modelo, era algo al que todo movimiento político y nacional debería prestar atención” Arendt (Citado por Losurdo, 2011, p. 16)

(...) durante todo un periodo histórico, en círculos que iban bastante más allá del movimiento comunista, el país guiado por Stalin, así como el mismo Stalin, gozaron de interés y simpatía, de estima y quizás incluso de admiración. (p. 19)

¿Pero a qué se debió este giro radical en la imagen del dirigente soviético? Losurdo señala una fecha especial en la cual comienza lo que puede ser entendido como la campaña de “desestabilización” de la Unión Soviética”, el 25 de febrero de 1956 se pronuncia a puerta cerrada en el XX congreso del PCUS, el informe de Nikita Krushov en el que supuestamente saca a flote la verdad encubierta de los años oscuros de la era estalinista, allí Stalin figuraba como: “(...) Un dictador enfermizamente sanguinario, vanidoso y bastante mediocre –o incluso ridículo- en el plano intelectual” (Losurdo, Stalin, 2011)

Han pasado once años de la victoria sobre el nazi-fascismo, y empieza a opacarse la imagen del líder político que fue protagónico de tal acontecimiento. El informe de Krushov juega en este sentido un papel crucial, al encontrar en Stalin el chivo expiatorio y poder culpabilizarlo a él y el estalinismo de todo lo que había impedido que en Rusia se instaurara el verdadero socialismo, no sólo el nuevo líder de

la URSS lograba con dicho informe empezar a desmarcarse de la imagen perversa de Stalin que comenzaba a promoverse, sino que indirectamente contribuyo a que países como EE.UU. encontraran en tal informe un impulso en la avanzada de estigmatizar al comunismo, una tarea que cobraba toda su importancia durante la Guerra fría. Ridiculizándolo, desdeñando sus virtudes como dirigente y sus logros políticos, se empieza a construir la imagen del otro-Stalin. Estas posiciones que saltaron de la admiración al rechazo impulsivo convergen metódicamente en que:

Pese a encontrarse en posiciones contrapuestas, estas áreas político ideológicas elaboraban una imagen de Stalin a partir de abstracciones colosales, arbitrarias (...) Al investigar el terror sin prestar demasiada atención a la situación objetiva, lo reducían a la iniciativa de una única personalidad o de una restringida clase dirigente, decidida a reafirmar por todos los medios su poder absoluto. (Losurdo, Stalin, 2011)

Con lo anterior no voy a negar que el examen crítico de la Unión Soviética, implica aceptar verdades incómodas, entre ellas precisamente los abusos del Estalinismo y de un dirigente como Stalin, pero, lo que no puede aceptarse de ningún modo es, como lo he señalado, emitir opiniones desde cierto idealismo ahistórico y no proceder de la forma materialista como nos lo enseña el método marxista que, lejos de teorizar libertariamente, investigativa, busca fuentes históricas y, una información fiable y de primera mano cómo se puede apreciar en el trabajo de Losurdo, que además de ir a los estudios históricos de un Hobsbawm o un Hallet Carr acude a los informes del partido, a las cartas, los discursos

y demás escritos de los personajes a los cuales se hace referencia. Y es desde ahí que hace una reconstrucción de los hechos contando con mucho más que la interpretación interesante de un referente conocido. En ese trabajo, es mucho lo que se descubre, en términos críticos permite apropiarse un conocimiento más rico y complejo de la experiencia socialista.

De hecho, hacia el final de este artículo, el lector podrá apreciar que me he tomado el trabajo de cuestionar directamente la forma en que la práctica del capitalismo de Estado fue acometida por los bolcheviques en el periodo Estalinista. Precisamente el exhaustivo trabajo de Losurdo me proporciono, no digamos sus particulares opiniones sobre Stalin, de las cuales yo abiertamente difiero, sino, una información que fue cuidadosamente recolectada y analizada y, me obligó, antes de emitir mis opiniones sobre el demonio de Stalin, a analizar ese andamiaje complejo y contradictorio de hacer el socialismo.

También, la referencia que hago al *Manifiesto comunista* hace parte de lo que denomina Losurdo como historia del marxismo, pues comparto plenamente con él que la experiencia rusa interpela al propio marxismo, a sus nociones y posturas denotando una evolución que, como teoría apostada a la acción práctica, ha ido experimentado.

En la izquierda se procedía a una virtual eliminación de la historia del bolchevismo, y con mayor razón de la historia del marxismo, de aquel que durante más tiempo que ningún otro había ejercido el poder en el país surgido de una revolución preparada y llevada a cabo según las ideas de Marx y Engels. (Losurdo, Stalin, 2011)

No se puede hablar de la Revolución Rusa y

dejar inmune al propio marxismo que está en sus entrañas.

Pero, por muy efectista que haya sido la propaganda mediática, y por más que se hayan publicado textos reprobatorios contra los bolcheviques y la URSS estos no logran acertar en su pretendida crítica. Por lo cual, en este texto se buscará desde el punto de vista del método marxista, analizar la conjunción entre teoría y praxis que hicieron los rusos en 1917, tanto la ejecución como la readaptación del marxismo a las condiciones en las que se encontraba Rusia por aquella época y que los llevaría a la victoria. La movida política de los bolcheviques es también, tal como lo veremos, una movida metódica al interior del marxismo, y es esto fundamentalmente lo que trataré de mostrar en este escrito, todo ello de la mano de estudios historiográficos, como aquellos que provienen de Edward Hallet Carr el magnífico investigador de la Revolución rusa.

Hoy, cien años después, con el capitalismo aún vigente, nos seguimos preguntando por lo que sucedió, por los errores y los posibles logros que se dieron; la pregunta se hace bajo la misma esperanza y convicción que tuvieron los revolucionarios rusos hace cien años: destruir el régimen que vive a costa de la explotación humana y construir, como dijo Durruti, el anarquista español, *“un mundo nuevo que llevamos en nuestros corazones”*.

Un salto sobre la historia

(...) el tiempo vacío y homogéneo se transformó, por decirlo así, en una antesala, en la cual se podía esperar con más o menos serenidad el advenimiento de la situación revolucionaria. En realidad, no hay un instante que no traiga consigo su

oportunidad revolucionaria —sólo que ésta tiene que ser definida en su singularidad específica, esto es, como la oportunidad de una solución completamente nueva ante una tarea completamente nueva. (Walter Benjamín)

En estas mismas tesis sobre la historia de Walter Benjamín encontramos, lo que en mi opinión es la expresión más acertada para sintetizar el significado histórico de lo que fue la Revolución rusa: dicho acontecimiento se erige en la historia de la humanidad como un salto, “el salto del tigre” del que hablaba aquel judío marxista como un salto que rompe con el *continuum* de la historia, con lo que se esperaba previamente ocurriera, un salto que rompe contra la determinación y la interpretación positivista que define los hechos antes de que éstos ocurran, donde el presente y el futuro más cercano se asumen bajo teorizaciones inmóviles y ortodoxas para las que el tiempo es vacío y homogéneo; contra este quietismo salta la Revolución de 1917.

La moda es un salto de tigre al pasado. Sólo que tiene lugar en una arena en donde manda la clase dominante. El mismo salto, bajo el cielo libre de la historia, es ese salto dialéctico que es la revolución, como la comprendía Marx. (Benjamin, 2013)

También lo hace contra un historicismo de calaña positivista que explícita o implícitamente negaba, especialmente para la Rusia y la Europa de comienzos del siglo XX, la posibilidad de una transformación radical del modelo de civilización capitalista. Para tal historicismo, la Rusia zarista debía cumplir con el *continuum* de la historia y sufrir los dolores de parto de un modo de producción capitalista antes de pensar en una revolución socialista, lo cual se traduciría en que las clases subalternas debían aceptar, no solamente la instauración de una economía

burguesa, sino también la institución de su poder político, al que no sólo habría que dejarle el camino libre, sino ayudárselo a andar en los parlamentos y en los congresos. Lo que, al decir de Lenin, condenaba al proletariado eternamente a una posición subordinada, quedándose como un vil apéndice de la política burguesa. Una postura conciliatoria que no se nos hace extraña en los defensores de dicha civilización, lo problemático de esta deducción fue el hecho de que tuvo asidero en el propio movimiento revolucionario. La revolución que determinó en gran medida el curso del siglo XX tuvo en las propias filas del marxismo a muchos de sus escépticos, opositores y detractores más fervientes, por lo que, su experiencia política estará signada por la controversia desde sus inicios.

La Revolución de octubre de 1917 se rebela desde la agresividad del tigre en contra de las concepciones esquemáticas de la historia. Allí donde se pedía moderación, madurez, paciencia, la espera del desarrollo de las condiciones objetivas —en algunas posturas fue una forma de velar la obediencia dócil al estatus quo—, una minoría de revolucionarios se autorizó a tomar el riesgo de hacer algo imprevisto: sin seguridades ni garantías de victoria irrumpió la osadía bolchevique para tomarse el cielo por asalto.

Pero este riesgo debe ser entendido dialécticamente, porque no fue la adrenalina desaforada del momento, sino una acción acorde precisamente con lo que se vivía, era, siguiendo a Benjamín, *la oportunidad revolucionaria* del momento histórico que implica *la oportunidad de una solución completamente nueva*, un caso excepcional que posibilita hacer lo inesperado. Lo que en otros tiempos se juzgó como una precipitación al vacío sin la menor

posibilidad de triunfo, en la Rusia de inicios del siglo XX encontraba unas condiciones efectivas de realización. Por eso, en la osadía bolchevique hubo un cálculo político, esto es, la posibilidad de concretar un poder popular y de llevar, a corto plazo, unas resoluciones sociales (finalizar la guerra, superar la hambruna y distribuir la tierra para el campesinado) y, a largo plazo, realizar unas transformaciones radicales desplegadas por los propios afectados: el proletariado y el campesinado.

Hay quienes creyeron que, con hacer una exégesis literaria sobre la obra de uno de los genios impulsores de la revolución, bastaba para estar a la altura de los acontecimientos históricos, creyeron ver exclusivamente en los libros de Marx lo que sólo éstos pueden decirnos en contraste con la humanidad real y viviente; tal actitud, en ciertos casos, reveló curiosamente un dogmatismo que se solapaba audazmente entre libros y “alta teoría”. Lo que expresó claramente la desestimación del método dialéctico por algunos marxistas, que se traduce en tomar religiosamente los planteamientos de Marx y de Engels para generalizarlos, tomar sus textos como una especie de croquis que calca la teoría tal cual y como si fuese válida para todo contexto, sin tener en cuenta en éste la singularidad de sus paisajes, su particular composición social y política haciendo así de la teoría un mapa ajeno al paisaje de la realidad social, algo ya elaborado sin indagación previa.

Estanislao Zuleta hace una implacable crítica contra el prejuicio de muchos marxistas que, sin conocer una pizca de la teoría psicoanalítica, rechazaban en bloque cualquier idea de Freud, tal como si fueran monjes de la academia de Moscú, solo que éstos no veían a

demonios, sino a “pequeños burgueses”. Dice Zuleta: “Porque como pensaba Merleau Ponty, no se puede corregir un sistema comparándolo a otro sistema, de la misma manera que no se puede corregir a un mapa con otro mapa; hay que volver al paisaje a partir del cual se pintaron ambos.” (Zuleta, 1987)

Sin embargo, hay que reconocer que estamos ante uno de los retos constituyentes del marxismo, esto es, la aplicación de su método de conocimiento cuyo propósito más firme es poner la lógica al servicio del entendimiento de la realidad social y de su correspondiente transformación, y no a la inversa: poner por encima de la realidad la soberanía de las ideas. Una problemática de esta índole fue la que inauguró al materialismo histórico como golpe directo contra el idealismo, ese que, maniobrando en la realidad, la forzaba para justificar una lógica configurada por fuera de ella y no desde sus propias entrañas. El materialismo histórico lucha por una lógica que fuera resultado del efectivo análisis social y materialista, que no estuviera al margen de los seres humanos de carne hueso y de las condiciones reales en las que despliegan su historia, se trata “de mantenerse siempre sobre el terreno histórico real, de no explicar la práctica partiendo de la idea, de explicar las formaciones ideológicas sobre la base de la práctica material” (Marx & Engels, 1975).

Lo que los seres humanos hacen en la historia no es únicamente por las ideas que tienen en la cabeza, sino por lo que les es posible hacer desde las determinaciones sociales en las que despliegan la práctica real de su vida, siéndoles posible, también, remover esas determinaciones mediante la acción colectiva, pues *las circunstancias hacen al hombre en la misma medida en que éste hace a las circunstancias*. (Marx &

Engels, 1975, p. p41)

Entre los exegetas hubo muchos que utilizaron la propia teoría marxista para negar la posibilidad de la revolución, a los cuales Antonio Gramsci, con fina ironía, respondió señalándoles como la Revolución bolchevique fue también una revolución contra las lecturas dogmáticas del materialismo histórico:

La Revolución de los bolcheviques está más hecha de ideología que de hechos. (Por eso, en el fondo, importa poco saber más de lo que sabemos ahora) Es la Revolución contra El capital, de Karl Marx. El capital, de Marx, era en Rusia el libro de los burgueses más que el de los proletarios. Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formara una burguesía, empezara una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiera pensar siquiera en su ofensiva, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado las ideologías. Los hechos han provocado la explosión de los esquemas críticos en cuyo marco la historia de Rusia habría tenido que desarrollarse según los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques reniegan de Karl Marx, afirman con el testimonio de la acción cumplida, de las conquistas realizadas, que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como podría creerse y como se ha creído (Gramsci, 2013).

Entonces vemos que la Revolución rusa es, a la vez, tanto un “salto de tigre” sobre la historia como una revolución teórica. Y cuánto sentido cobra la premisa leninista “no (Gramsci, 2013) hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria”. Algo inédito desataron los bolcheviques, precisamente porque

desarrollaron nuevas concepciones teóricas que los orientaron y les permitieron identificar una acción eficaz; el hacer y el pensar están despiadadamente entrelazados, la revolución política tiene aquí como preludeo y colofón a la revolución teórica.

Volviendo a Gramsci, y más allá del detalle de su afirmación, hay que seguirlo en su ironía, porque ésta de ninguna manera implica un rechazo a Marx, en ella, por el contrario, hay una fuerza de veracidad más contundente y más clara que la discusión filológica sobre si fue esto o aquello lo que Marx quiso decir, sobre si Marx puso o no el desarrollo capitalista como condición para la revolución; lo que nos recuerda el italiano es que la experiencia rusa tuvo un alto sentido teórico y práctico —o prático como diría Karel Kosík—, que los bolcheviques nos dejan una importante enseñanza: que más que antimarxistas fueron genuinamente marxistas porque:

(...) no han levantado sobre las obras del maestro una doctrina exterior de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, el que nunca muere (...) Y ese pensamiento no sitúa nunca como factor máximo de la historia los hechos económicos en bruto, sino siempre el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se reúnen, se comprenden, desarrollan a través de esos contactos (cultura) una voluntad social, colectiva, y entienden los hechos económicos, los juzgan y los adaptan a su voluntad hasta que ésta se convierte en motor de la economía, en plasmadora de la realidad objetiva, la cual vive entonces, se mueve y toma el carácter de materia telúrica en ebullición, canalizable por donde la voluntad lo desee, y como la voluntad lo desee. (Gramsci, 2013, p.40)

Los aficionados a la exégesis tomaron uno de los textos escritos por Marx con su camarada Engels, *El manifiesto comunista*, donde habían ofrecido un esquema de la lucha de clases y de lo que serían aquellas condiciones objetivas que llevarían al desatamiento inevitable de la revolución social. Tales análisis dieron lugar a la interpretación de que en aquellos países donde el capitalismo no se había desarrollado, las luchas políticas de los revolucionarios debían limitarse a apoyar a los sectores liberales y concertar con éstos para que después de la lucha contra la monarquía se pasará a la lucha contra la burguesía.

Marx, la teorización al filo de la contradicción

Marx, luego de la dolorosa experiencia de la Comuna de París, confronta el calor de sus esperanzas revolucionarias con el frío análisis científico, y al llevarlo hasta sus últimas consecuencias proporciona una serie de planteamientos políticos donde la revolución más que una situación deseable terminaría siendo un destino indefectible a causa del desarrollo histórico. Es un Marx que insiste en las implacables leyes histórico-sociales a las que se habría de subordinar la iniciativa humana. Este aliento teleológico que se le escapa a Marx, fue del mayor gusto para la ortodoxia, tanto de la socialdemocracia alemana —a excepción de algunos de sus prominentes militantes que, como Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht y Leo Jogiches, no dudaron en dimitir cuando dicho partido dio el viraje de la ortodoxia al cretinismo político— como del sector menchevique de la socialdemocracia rusa que se quedaron en una interpretación cerrada del esquema de la lucha

de clases en el *Manifiesto*. El problema en sí no era que tuvieran tal apropiación teórica, sino que cayeran en un dogmatismo que no les permitiera considerar elementos alternativos a los que el esquema planteaba, y que los acontecimientos sociales mismos expresaban; no pudieron incluir en el mismo esquema ciertos movimientos e identificar las nuevas potencialidades revolucionarias que aquella época proporcionaba, buscando movilizarse de la mejor manera hacia la transformación social.

La dirigencia del SPD (Partido socialdemócrata alemán) (...) en vez de seguir construyendo su modelo propio de una sociedad alternativa, quiso intentar su integración en la sociedad burguesa para lograr por lo menos una participación en el poder. Eso implicaba, por supuesto, el abandono del objetivo de superar el capitalismo; en vez de eso, en el futuro solo habría que frenarlo. (...) se condujo finalmente el SPD, a la aprobación de los créditos de guerra el 4 de agosto de 1914 y a la participación en el gobierno el 3 de octubre de 1918. (Schütrumpf, 2011, p.26)

En el *Manifiesto Comunista* se plantean dos luchas que debe encarar el proletariado, para y como lo entendió el esquematismo, en el siguiente orden y bajo su implacable lógica:

La primera es la lucha que libra la burguesía contra el feudalismo, en esta lucha el naciente proletariado se moviliza en favor de la burguesía y apoya sus objetivos, no persigue sus objetivos propios, aquí la determinación histórica obliga, por los factores económicos, a que exista la alianza entre el proletariado y la burguesía. “Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los restos de la monarquía absoluta, los propietarios

territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses” (Marx & Engels, 1976, p.118)

La segunda lucha se daría entre burguesía y proletariado, destinada a culminar con la victoria del proletariado. El ejemplo de esto se toma directamente de los sucesos acaecidos en la Francia de 1848, la destrucción del orden monárquico y la posterior instauración de la Comuna de París: proletariado y burguesía lucharon codo a codo en febrero de 1848. Pero en cuanto el proletariado levantó su propia bandera de revolución, se cruzó la línea. Estaban ahora, en bandos opuestos de la barricada (Carr, 1970).

En esta lucha, Marx y Engels reconocen la presencia de la clase media, el pequeño industrial, el tendero, el artesano, el campesino, que tienen un papel fluctuante entre burguesía y proletariado, pues en tanto tienen intereses económicos particulares no entran en una sintonía directa con ciertas acciones revolucionarias, tales como: socializar los medios de producción, abolir la propiedad privada, etc.

Teniendo como referencia los acontecimientos de las revoluciones en Francia e Inglaterra, este esquema de la lucha de clases se hacía muy coherente y servía como referente analítico para entender la forma en que algunos cambios en la estructura de las sociedades se estaban desarrollando, sobre todo en lo concerniente al poder político. Pero este esquema también era de suma utilidad para los pensadores y militantes revolucionarios que luchaban en el siglo XIX y que, como Marx, buscaban construir una acción política eficaz que le permitiera al proletariado asumir su papel efectivo para la conquista de una nueva sociedad. Era la interpretación que se construía

a la saga de los acontecimientos, y la cual servía de orientación política para los sectores revolucionarios, sobre todo los que eran afines al pensamiento de Marx.

Y aunque dicho esquema fuese heredado por algunos marxistas de inicios del siglo XX, desde su aparición, el *Manifiesto Comunista* ya presentaba algunos puntos controversiales, los que no dejarían de serlo, especialmente en debates posteriores como el del revisionismo: la disyuntiva entre reforma o revolución, y por supuesto en la controversia entre bolcheviques y mencheviques en cuanto a la forma de intervenir políticamente en Rusia para el tránsito del capitalismo hacia socialismo.

Cuando Marx debió considerar a Alemania para identificar la situación revolucionaria en la que se hallaba su tierra natal, se encontró con el hecho de que, a diferencia de Francia e Inglaterra, ni siquiera allí se había comenzado con una revolución burguesa. La primera de las coyunturas que desde el *Manifiesto* se expresaba no se cumplía para mediados del siglo XIX en Alemania. Tampoco existía una burguesía fuerte en el sentido político y su debilidad no se debía a un contrapeso que el proletariado existente le hiciera, sino por el hecho de que “la burguesía en Alemania lejos de reclamar el poder para sí misma estaba dispuesta a aliarse con los elementos supervivientes del feudalismo para defenderse contra la amenaza del proletariado” (Carr, 1970), algo que a la luz del esquema del *Manifiesto Comunista* era inexplicable; es en estos casos donde el ortodoxo debe acudir a la maniobras exegéticas para hacer que la lógica teórica se correspondiera con los hechos reales, no siendo capaces de asumir la puesta en jaque que se le hacía a dicho esquema desde los acontecimientos que se presentaban.

Marx demuestra ante este tipo de cosas una actitud ejemplar como investigador, al reconocer que la burguesía alemana, lejos de combatir, más bien genera una alianza con los residuos del feudalismo, por lo que se pregunta en general: “¿Qué sucede con la lucha de clases en aquellos contextos donde no existe una burguesía fuerte y con una supremacía política?” (p.30) En estos casos se contempló la posibilidad de la “revolución permanente”.

“Mientras la pequeña burguesía democrática quiere acabar con la revolución lo antes posible... nuestros intereses y nuestra tarea es hacer la revolución permanentemente hasta que todas las clases propietarias sean desprovistas de autoridad, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado” Marx (1850) (Citado por Carr, 1970, p, 30)

Lo interesante es ver como se presentan algunas variantes al problema real que surgía, porque al fin y al cabo lo que se ponía en entredicho era el papel del proletariado como fuerza política. De un lado, Marx

Anuncio así la posibilidad para Alemania de una transición inmediata desde la revolución burguesa a la revolución proletaria sin período intermedio de gobierno burgués, y mostró una aguda perspicacia histórica, aun a costa de minar la validez de sus propios análisis teóricos. (Carr, 1970, p.29).

No está de más decir que esta es la discusión que divide a la socialdemocracia rusa y se mantiene en el centro del debate entre bolcheviques y mencheviques. Pues semejante a lo que pasaba en Alemania, en Rusia no existía una burguesía fuerte en sentido político que se enfrentara contra los restos del feudalismo.

De otro lado, está lo referente a la forma en que debería tomar la destrucción del feudalismo cuando el proletariado se encontrara a sí mismo enfrentado a una sociedad feudal sin una burguesía efectiva e independiente de por medio. A lo que Marx y Engels tuvieron la siguiente consideración, “nuestro partido puede llegar al poder sólo bajo la forma de una república democrática”. Semejante a la *revolución permanente*, la república democrática consistía en ir conquistando posiciones e ir haciendo la revolución por evolución, postura que será adoptada especialmente por el menchevismo y la socialdemocracia alemana. Ahora bien, la república democrática no sólo implicaba que el proletariado concertara políticamente con los sectores liberales de la burguesía, sino que también les ayudara a la instauración y desarrollo económico capitalista, pues, según como lo concebía el propio Marx en su Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*:

Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. (Marx & Engels, 1976, p.518)

La idea era promover el desarrollo y la explotación capitalista a toda costa para allanar el camino que llevase hacia el socialismo.

En resumidas cuentas, los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, se rebelarían contra este esquema de la lucha de clases que plantearon los clásicos del marxismo. Fue una transgresión creadora que no se quedó en la negación, sino que dio el paso a la creación de una nueva

síntesis teórico-política. Veamos.

Lenin o de cuando la dialéctica hace a la política

Ningún dogmático podrá apreciar a Lenin en lo que vale porque un dogmático no puede apreciar a un crítico de sí mismo como lo fue Lenin. Los dogmáticos le pueden erigir monumentos, embalsamarlo y hacer cola para verlo maquillado, pero apreciarlo en su valor no podrán nunca, porque Lenin fue un gran crítico de Lenin (...) El mejor homenaje a Lenin es estudiarlo críticamente. Es el único homenaje que él habría aceptado. Estanislao Zuleta

La respuesta de Vladimir Lenin proponiendo una alternativa distinta a las que se derivaban del esquema de la lucha de clases, es una configuración inédita que encontramos en el marxismo, pero con el objetivo principal de la praxis marxista que es tener siempre como horizonte la hechura de la revolución, es una síntesis que atendía las circunstancias concretas que tanto Europa como Rusia experimentaban por la época, relanzando nuevas interpretaciones y orientando otras acciones para dar con el triunfo del proletariado ruso. Básicamente el planteamiento de Lenin será un nuevo esquema según el cual el proletariado conquistaría el poder en alianza con el campesinado.

De tal manera que Lenin introducía al campesinado como actor relevante de la transformación social, a diferencia de Marx, Plejánov, Kautsky y los mencheviques, para quienes “las fuerzas impulsoras de la revolución eran el proletariado y la burguesía, sin reservar ningún lugar independiente para el campesinado” (Engels & Marx, 1970, p.37), y siguiendo con lo que planteaba el *Manifiesto*

Comunista donde “los estamentos medios —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todos ellos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estamentos medios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía son reaccionarios, ya que pretenden volver atrás la rueda de la historia” (Marx & Engels, 1976, p.120).

Los hechos demostrarían el error de Marx al subestimar al campesinado, sobre todo cuando tuvo la oportunidad de evidenciar la potencialidad política del campesinado, como: “En Austria, los campesinos, en cambio actuaron. Se levantaron en Galitzia contra los terratenientes; y lo hubieran hecho también en otras partes de contar con una dirección adecuada. Formaron un amplio y vociferante grupo en el Reichstag democrático. Pero las reivindicaciones de los campesinos tropezaron con la hostilidad de la burguesía y la indiferencia del proletariado urbano.” (Carr, 1970, p.38)

El dirigente bolchevique, por el contrario, no caerá en el hecho de subestimar y desestimar la participación del campesinado en la revolución, reconociendo su importancia y sus intereses. En este sentido —y que paradoja decirlo con Lenin, uno de los personajes al que más se lo ha calumniado presentándolo como un ortodoxo inflexible que impone dogmáticamente el marxismo sin matices algunos, que lo adhería sin crítica para convertirlo en una doctrina obligatoria en Rusia— es Lenin quien nos expresa de la mejor manera la necesidad de introducir cambios en el marxismo, según las circunstancias en que nos encontremos; es seguro que gran parte de la victoria de los bolcheviques se debe a esta capacidad para maniobrar en tales

circunstancias.

En gracia a tales variantes se ha potenciado el marxismo, pero sigamos destruyendo el mito de Lenin. Podrían arrancarse los cabellos, todo lo que quisieran, Rosa Luxemburg y los socialdemócratas alemanes, al escandalizarse por el viraje que se evidenciaba en Lenin hacia 1905 al reconocer la petición de los campesinos rusos de tener tierra (que se sostendrá en aquella consigna común: “pan, paz y tierra”). A la luz de la economía política, otorgar tierra al campesino significa promover la figura de la propiedad privada que es la piedra basal del capitalismo. Sí, eso es cierto, y hasta problemático y contradictorio, Lenin lo sabía muy bien.

Ahora, sucede que las revoluciones no están hechas sólo de ideas, por correctas y justas que éstas sean, sino, de su vuelta en una acción eficaz que se pone en escena frente a los seres humanos de carne hueso los cuales están sometidos a problemas concretos, esa acción será eficaz en tanto atienda esos problemas y, que en el caso ruso se manifestaban en cuestiones como la guerra y la hambruna. Por tanto, si Lenin imponía la idea lógica y coherente, teóricamente hablando, de no permitirle apropiación de tierra al campesinado ruso habría de encontrarse con un problema como el siguiente: ¿cómo hacer para llevar a cabo la revolución —y sostenerla— desconociendo las demandas y los intereses de la clase social que es mayoritaria en su país, aproximadamente el 80% de la población total rusa?

Si Lenin no cedía ante el pedido del campesinado, días después de la toma del Palacio de Invierno en octubre de 1917, la revolución estaría neutralizada, y para el año 1918 seguro ya ni habría Lenin ni bolcheviques

para recordar, habrían sido derrotados por una contrarrevolución en donde los campesinos, hastiados de la guerra y de la hambruna que venían padeciendo, habrían participado activamente. Las revoluciones no son como los debates teóricos donde la contundencia intelectual dicta el triunfo, son procesos contradictorios por naturaleza, donde en ocasiones se debe renunciar a algunos objetivos y ceder ante otros, quien no pueda asumir contradicciones es mejor que lo piense dos veces si pretende meterse en política.

Es importante entender aquí la postura de los mencheviques, para ver cuán delgada es la línea que los diferencia de los bolcheviques, pero, como lo piensa el propio Vladimir Lenin, de diferencias de detalle se definen los grandes programas políticos.

En estas condiciones, un error, “sin importancia” a primera vista, puede causar los más desastrosos efectos, y sólo gente miope puede encontrar inoportunas o superfluas las discusiones fraccionales y la delimitación rigurosa de los matices. De la consolidación de tal o cual “matiz” puede depender el porvenir de la socialdemocracia rusa por años y años. (Lenin, 1975, p.32)

A la cabeza de mencheviques, se encuentra nada más y nada menos que Plejánov, el maestro de Lenin y considerado indiscutiblemente como el padre del marxismo ruso, y aquel que establece los cimientos de la socialdemocracia rusa. Desde finales del siglo XIX, Plejánov se convence de la interpretación marxista de que no es el campesinado sino el proletariado la fuerza motriz de la revolución, lo que lo lleva a romper con el movimiento *narodniki* del cual había hecho parte y en el que se había formado como revolucionario. Desde

aquel movimiento se consideraba que “la comunidad campesina podría evolucionar hacia una sociedad socialista sin necesidad de una etapa capitalista intermedia” (Carr, 1970, p.108) una idea que había alentado el propio Marx en una carta que le envió a Vera Zasúlich, donde daba cuenta, una vez más, de su capacidad para cuestionar sus propias ideas.

Sin embargo, para Plejánov, la cuestión de la revolución en Rusia se seguía concibiendo a la luz del esquema del *Manifiesto Comunista*, el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo es un impulso necesario para el tránsito hacia el socialismo, la instauración de las industrias, fábricas y empresas en la ciudad, además de crear una riqueza y una base material irían formando una fuerza social, el proletariado, que sería el que acometería la tarea de revocar las relaciones sociales de producción existentes y construir el socialismo, éste no vendría por vía del campesinado, quien de un lado no puede generar la riqueza que genera la industria, y de otro, “la comunidad campesina solo podría desembocar en capitalismo pequeño burgués, no en socialismo”(p.109). Tanto para los mencheviques como para Plejánov “no había razón para colocar a Rusia por fuera del esquema marxista”, y ante el desarrollo industrial que venía presentando Rusia, las consideraciones de Plejánov parecían confirmarse.

Además, hay que decir que para 1894 Lenin pensaba de forma semejante, e incluso polemizaba con los *narodniki*, por ejemplo, en su texto *El desarrollo del capitalismo en Rusia* reproduce en sus análisis y diagnósticos varias de las tesis de Plejánov, como también en sus primeras polémicas donde escribió contra los *narodnik*. Sin embargo, para 1905 Lenin

empieza a modificar sus posturas, pues va vislumbrando que la propuesta de Plejánov llevaría a hipotecar la independencia política del proletariado, su “insistencia en la necesidad de la etapa capitalista les llevó a tratar ese desarrollo como si fuera un fin en sí mismo y a sustituir la revolución por la reforma” (p.109) ya que no era simplemente permitir el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo, sino condenarse a ser el aliado político de la burguesía, a ser un apéndice de sus consignas y sus reivindicaciones: todo ello prefiguraba un futuro poco prometedor para los revolucionarios. En opinión de Lenin, Rusia estaba experimentando unas condiciones particulares en las cuales no tiene que concederle terreno, ni poder político a la burguesía. Para Uliánov, la revolución puede acelerarse y saltarse —a modo del tigre de Benjamín— la etapa intermedia de un gobierno burgués, no en sí mismo al capitalismo en su sentido económico, sino a partir de la síntesis dialéctica que hace Lenin, ya que desde “el punto de vista bolchevique, la revolución socialista rusa llevaría en el interior de sí misma la revolución burguesa que la burguesía rusa había dejado de realizar” (p.129).

El desacuerdo entre Plejánov y Lenin era en esencia el mismo entre mencheviques y bolcheviques, pero ha de aclararse algo, este desacuerdo no consiste, como lo han hecho ver algunos intérpretes, en que los bolcheviques —y menos Lenin—, desestimaran las condiciones y el desarrollo económico de Rusia y estuvieran obsesionados exclusivamente por la toma y el ejercicio del poder. Lo que proponen es un tratamiento distinto a lo que previamente se concebía desde el marxismo, y sobre lo que planteaba el esquema del *Manifiesto Comunista* al que tanto he hecho referencia en este escrito.

En esencia, Lenin no se oponía al desarrollo capitalista en Rusia, sólo que consideraba que éste podría darse sin la necesidad de que el poder político estuviese en manos de la burguesía que, dicho en plata blanca, era la consideración de los mencheviques.

El apoyo masivo a la revolución, las huelgas sostenidas en rechazo al zarismo con apariciones desde 1903 hasta 1917 en Rusia, muestran una época de gran agitación política, y posteriormente la decepción de las masas en 1917 con el gobierno provisional por sus incumplimientos a la hora de ejecutar las reformas prometidas, brindaban unas condiciones inéditas y especiales, por las cuales se podía pensar en un gobierno netamente de obreros y campesinos sin la obligación de tener acuerdos con los sectores burgueses, pues se tenía el apoyo mayoritario de las masas.

Las ligaduras estaban a la vista de todo el mundo. La gente llevaba brazaletes rojos o se ataba cintas rojas en el ojal para demostrar su apoyo a la revolución. No hacerlo era invitar a la persecución por “contrarrevolucionario” (...) Pareció que súbitamente la gente se había unido a través de una vasta red de hilos invisibles; esto fue lo que aseguró su victoria. (Figs & Kolonitskii, 2001, p.51)

Tanto el apoyo a la insurrección armada que se daría en octubre como el combate decisivo que asumieron luego las masas frente a los intentos contrarrevolucionarios de derrocar al gobierno de los trabajadores, nos demuestran que, si bien los bolcheviques eran los que estaban a la vanguardia de tan apoteósica tarea, era todo el pueblo ruso el que estaba convencido de la revolución y realizaban junto con los soviets “el salto del tigre”.

John Reed en los Diez días que estremecieron

al mundo, da cuenta del ambiente político que estaba experimentando la sociedad rusa, y el punto de no retorno al que habían llegado las masas, donde lo único aceptable era el cambio material de su situación dado que ideológicamente ya habían operado algunos: “En torno la inmensa Rusia sufría las convulsiones y torturas del parto de un mundo nuevo. La servidumbre, tratada antes como bestias y a la que casi no pagaban nada, adquirió noción de su propia dignidad. Un par de zapatos costaba más de cien rublos al mes, las cridas se negaban a estar en las colas y gastar su calzado. Pero no era todo. En la nueva Rusia cada uno —lo mismo hombre que mujer— había recibido derecho a voto; aparecieron periódicos obreros que hablaban de cosas nuevas y pasmosas; aparecieron los Soviets; aparecieron los sindicatos. Hasta los Izvóschiki (cocheros) tenían su sindicato y su representante en el Soviet de Petrogrado. Los criados y camareros renunciaron a las propinas. En todos los restaurantes pendían carteles que decían: “Aquí no se admiten propinas” o: “Si un trabajador tiene que servir la mesa para ganarse el pan, eso no es motivo para que se lo ofenda con la limosna de una propina” (Reed, 1977, p.44)

Si por razones económicas habría que generar un capitalismo, éste sería estrictamente en su sentido productivo, para permitir luego el tránsito hacia el socialismo desde el poder de los soviets. Ese es el denominado “capitalismo de Estado”. Así entonces, la diferencia con los mencheviques es más política que económica y más estratégica que teórica.

Volviendo a la cuestión del método en el marxismo, es importante acotar lo siguiente: no deja de llamar la atención como uno de los teóricos más prominentes del marxismo en

Rusia, Plejánov, con tan vasto conocimiento de la dialéctica haya caído en el esquematismo ortodoxo. Porque no ha de reclamársele falta de conocimiento, y menos una perversión ideológica o algo parecido. A un autor como Plejánov no se le puede juzgar desde una supuesta ignorancia sobre el método marxista, de hecho, refiriéndose a libros de Plejánov *En defensa del materialismo* y *Ensayos sobre la historia del materialismo*, dice E. H Carr Que no existe ninguna exposición mejor de lo que Marx y Lenin entendían por materialismo dialectico (Carr,1970, p.111).

La cuestión plantea el reto de la aplicación de ese método, ¿cómo ha de aplicarse?, pues una cosa es conocer las premisas generales y otra muy distinta es poner dichas premisas al servicio del análisis de la situación concreta. Por tanto, si tanto Plejánov como Lenin tienen el bagaje teórico del materialismo dialectico, ¿por qué, en cuanto a la aplicación del método, Lenin deviene en conclusiones distintas a las de su maestro, y, por ejemplo, no excluye al campesinado de un papel relevante en la revolución? Esto lo que nos demuestra, en otra época y bajo otra forma, algo en lo que ha sido insistente Marx: poner el acento en la situación concreta más que en la premisa analítica, el método no puede predominar sobre el objeto, éste en tanto se desenvuelve en la realidad social puede transformarse y con él el método mismo de conocimiento, las formas de conocer no pueden quedar inmunes a las modificaciones o transformaciones que experimente el objeto estudiado.

Profanando ideales para hacerlos realidad

Hemos visto la política dialéctica de Lenin, con su abordaje del marxismo aterrizándolo a las condiciones existentes de su época, e identificando las imposibilidades de sus esquemas para dar cuenta de unos problemas específicos, y como esto no lo dejó en el inmovilismo propio del dogmático que en su versión revisionista llega un momento en el que termina renegando del pensamiento que solía profesar porque lo “defrauda” al no darle cuenta de una situación inédita que se le presenta, o en la forma ortodoxa en cuyo afán por mostrar la superioridad de sus ideas las deja inmunes, escondiendo sus falencias y forzando la realidad en donde las transformaciones sociales o las particularidades históricas terminan siendo sacrificadas por la dogmática soterrada; tanto revisionismo como ortodoxia no son más que las dos caras de una misma moneda. Ambos tienen en común un error originario, la aspiración de que los referentes clásicos sean infalibles.

Lenin, como hemos visto, introduce las reflexiones necesarias e inéditas en el pensamiento marxista y revolucionario, las que son pertinentes en su momento y desde las que relanza las acciones transformadoras. Teniendo como referencia esta actitud de Lenin con la política, la cual marca su derrotero en la dirigencia del partido bolchevique y de la Revolución rusa, se nos hacen más comprensibles las acciones que, luego de la conquista del poder político, se ponen en ejecución. Es el día después de la revolución, ha pasado la euforia de la victoria y corresponde, entonces, empezar a construir esa vida anhelada por las mayorías. Es el momento de confrontarse con la realidad y poner a

prueba las capacidades políticas para generar cambios, sobre todo aquellos que se habían prometido, lo que alguna vez se concibió como aspiración retaba ahora a los revolucionarios que las habían invocado.

También nos hemos detenido en la propuesta del partido bolchevique y de su principal dirigente, su idea de, por decirlo de alguno modo, hacer dos revoluciones, tanto la burguesa como la socialista. No obstante, entender tal posición, como surgió y se planteó, no significa adherirla o justificarla ciegamente, la propuesta de Lenin es interrogable, ésta no garantiza que luego del desarrollo de las fuerzas productivas en el marco de un capitalismo de Estado se dé, en consecuencia, el tránsito hacia el socialismo. Si bien esta propuesta respondió a la lectura de la coyuntura política y social que resultaba más estratégica para el devenir político del proletariado, identificando las condiciones para que éste se instaurase en una posición privilegiada de poder desde la cual desplegar sus luchas; es necesario advertir que tal situación perfectamente puede llevar a reproducir un capitalismo de Estado sin fecha de caducidad, donde el proletariado que está en el partido vaya mutando como clase social hacia una burguesía privilegiada que, además de estar en el poder de forma indiscutible —sin elecciones, sindicatos y control político—, goza de incentivos materiales y, entonces, sin confundirnos con la hoz, el martillo y las banderas rojas, deberíamos preguntarnos: ¿fue éste el destino que transitó la Unión Soviética durante su existencia en el siglo XX?

Hay serías indicaciones para aseverar que, en efecto, el socialismo realmente existente encubrió por años un tipo de capitalismo muy especial. En todo caso, siendo consecuentes con la exigencia que hemos hecho desde el

inicio de este escrito, de sostener la mirada historiográfica que sopesa en sus análisis las condiciones históricas, políticas y sociales, para que de tal contraste surjan nuestras ideas y conclusiones, consideremos entonces esas circunstancias que limitaban la política revolucionaria de los bolcheviques.

Existen varios comportamientos de Lenin para caracterizar su actitud como político revolucionario, sin embargo, tomaré como ejemplo uno de los problemas prácticos con los cuales se encontraron los bolcheviques: la paz con los alemanes, el acuerdo de Brest Litovsk que supuso, en palabras de los propios bolcheviques una humillación a la revolución, un acuerdo que veían como una total vergüenza, sin embargo, no había remedio, en opinión de Lenin era urgente un acuerdo con el Imperio alemán. Típico de su discurso claro y sin aditamentos retóricos así lo decía:

Es esta una época de duras derrotas, una época de repliegues, una época en la que debemos salvar, por lo menos, una pequeña parte de las posiciones, retrocediendo ante el imperialismo, esperando el momento en que cambien las condiciones internacionales en general, en que acudan en nuestra ayuda las fuerzas del proletariado europeo; unas fuerzas que existen, que maduran y que no han podido deshacerse de su enemigo con tanta facilidad como nosotros. Pues sería la mayor de las ilusiones y el mayor de los errores olvidar que a la Revolución rusa le fue fácil empezar y le es difícil seguir adelante. (Lenin, 1967, p.85)

Éste es el político ponderado, el que luego de haberle asestado un golpe certero a su enemigo se repliega, siendo consiente de los golpes que ha de recibir como respuesta, pero esperando el momento más apropiado para lanzar uno

nuevo. La lectura geopolítica que hace Lenin se la recuerda a muchos de sus camaradas y a otros que promovían la continuación de una guerra a muerte con Alemania, unos llevados por el sentimentalismo revolucionario y otros por la oportunidad que veían de que en tal situación se pudiera derrocar el nuevo poder de obreros y campesinos; a oportunistas e ingenuos les expresó Vladimir Lenin la particularidad en la que se parió la Revolución de Octubre, y que sí ésta fue posible, lo fue porque la burguesía mundial se encontraba diezmada.

(...) la revolución de la República Socialista pudo existir entre las potencias imperialistas, rodeada de aves de rapiña, al lado de las fieras del imperialismo mundial, únicamente porque la burguesía empeñada en una lucha a muerte unos contra otros, se encontraba paralizada en su ofensiva contra Rusia. (p.85)

Pero en cuanto se librará de sus ataduras se dirigirá con vehemencia contra el nuevo poder implantado en Rusia, como en efecto comenzó a darse; tan cierto era que, incluso después del acuerdo con los alemanes, el ataque de los gobiernos occidentales se intensificó contra el gobierno revolucionario.

Se intensificaron el temor y el odio de los gobiernos occidentales ante el régimen revolucionario, y agudizaron su determinación de desarraigarlo. (...) Se amplió abiertamente el apoyo a los ejércitos rusos empeñados en la cruzada contra los bolcheviques, en Arkángel, Siberia y en la Rusia meridional. (Carr, 1981, pp. 24-25)

Al interior del partido bolchevique la situación se tornaba problemática, el acuerdo con los alemanes y la búsqueda de alianzas con

gobiernos occidentales—capitalistas alimentaron la idea de una traición a la causa del socialismo, y se produjo una “oposición de izquierda” en clara inconformidad con las medidas tomadas por Lenin, pero, he aquí cuán singular es la historia con sus paradojas. Dicha oposición, liderada por el revolucionario Nikolái Bujarin, planteaba que había que sostener una “guerra revolucionaria”, nada de llegar a un acuerdo con los alemanes, hacerlo suponía traicionar la convicción marxista de una lucha internacional por la revolución, Bujarin y otros como Trotsky creían que los trabajadores europeos contando con el apoyo de los soviéticos se levantarían en contra de sus burguesías nacionales, Trotsky entusiasmado lo decía así “Hemos defendido con las armas a los obreros de Finlandia, de Estonia, de Georgia. Hemos intentado, haciendo marchar sobre Varsovia a los ejércitos rojos, ofrecer al proletariado polaco la ocasión propicia para una insurrección” Trotsky (Citado por Losurdo, 2011, p. 63).

Pero el propio Lenin, que se había opuesto firmemente a estas intenciones en el acuerdo con los alemanes firmando la paz de Brest Litovsk y quien también tenía agudas previsiones y cálculos geopolíticos, se llevaría una gran sorpresa a causa de un exceso de confianza cuando en plena guerra contra Polonia en 1920 promovió la avanzada del ejército rojo hacia Varsovia y otros centros industriales, bajo la misma suposición de Trotsky que los obreros polacos se alzarían en revueltas contra el poder vigente. Pero, los obreros polacos no se rebelaron ni iniciaron ninguna revuelta, el ejército polaco resistió con éxito contra el invasor soviético obligándolo a una ligera retirada.

Este hecho no sólo demostró la ingenuidad política de realizar una “guerra revolucionaria”, sino que señaló dos problemas cruciales que, a la postre, serían determinantes en el periodo de gobierno de Iósif Stalin, y que en cierta medida nos ayudan a entender lo que estuvo en el fondo de algunas de sus decisiones.

Con el fracasado intento de apoyar con el ejército rojo un levantamiento popular de las masas polacas, se revelaron dos cosas que tienen al nacionalismo como una implacable realidad. De un lado, “el fracaso de esta esperanza mostró que los trabajadores polacos, como los de Europa Occidental, estaban aún demasiado imbuidos de lealtades nacionales para abrazar la causa de la revolución proletaria mundial” (Carr, 1981, p. 32). Por otro lado, que “el campesino ruso que había suministrado el material humano del Ejército Rojo, si bien había defendido tenazmente la causa revolucionaria en su patria, no estaba dispuesto a pelear para llevar la revolución a otros países” (p.33)

Astuto respecto a la cuestión nacional, hay que decirlo, es Stalin quien prevé los peligros de una avanzada contra Polonia, la “marcha contra Varsovia”. En resumidas cuentas, como lo recuerda Doménico Losurdo, el sucesor de Lenin tenía la opinión de que al respecto de la marcha, “una cosa era derrotar en Rusia a un enemigo desacreditado también en el plano nacional, pero otra cosa era afrontar fuera de Rusia a un enemigo nacionalmente motivado” Lósif (Citado por Losurdo, 2011, p.62).

Este repliegue a lo nacional en detrimento de la perspectiva internacional de la revolución está en la base del socialismo que los bolcheviques intentaron construir. Y, como hemos visto, tenían razones suficientes para dudar del internacionalismo, pues si bien no se

renunciaba a él, se aplazaba como perspectiva de acción. Sumada a la experiencia con Polonia varios intentos de subvertir el orden en Europa fueron aplacados como ocurrió en Alemania, el país que se suponía seguiría los pasos de la Revolución rusa.

La seguridad de la nación y la estabilidad económica se imponían como objetivos determinantes de la existencia del nuevo Estado proletario. Pero si la situación mundial no era nada favorable para la naciente revolución, al interior del país más grande del este europeo las dificultades no eran menores.

El socialismo real, recuerda Eric Hobsbawm, hace referencia al socialismo posible, al que más allá de todas las precisiones teóricas era, en efecto, el que se podía llevar a la práctica.

(...) A partir de un momento determinado de los años sesenta, pasaron a conocerse, en la terminología ideológica soviética, como países del “socialismo real”; un término ambiguo que implicaba o sugería que podía haber otras clases distintas y mejores de socialismo, pero que en la práctica esta era la única que funcionaba. (Hobsbawm, 1995, p.373)

Así, el realismo de Lenin, desde un inicio, estuvo en reconocer que el socialismo no podía ser introducido inmediatamente, lo que no quería decir que los soviets de campesinos y trabajadores no se podrían encargar de la producción nacional. Por eso se entiende que “Lenin, siempre realista, estuvo dispuesto, y hasta ansioso, para hacer las mayores concesiones imaginables a los inversores extranjeros a cambio de su contribución al desarrollo económico de Rusia, pero se encontró con que nadie aceptaba su oferta”(p.375).

Tanto en el campo como en la ciudad, los inicios del socialismo real se enfrentarían a duras pruebas. Frente al campo, debe decirse que existió una constante problemática, aunque había sido una fuerza impulsora para la revolución, y Lenin contó con sus intereses y demandas, el campo se iría convirtiendo en el palo en la rueda de la revolución que echaba a andar. El campesinado no era una clase social que estuviera cautivada por las propuestas de los bolcheviques, como lo demuestran las votaciones de la Asamblea Nacional Constituyente fechada para el 25 de noviembre de 1917, cuando el voto mayoritariamente rural fue dirigido para los social-revolucionarios, un partido que se oponía a las propuestas marxistas y socialistas de los bolcheviques, pero que era la organización más fuerte entre el campesinado. Los bolcheviques tenían a toda una sociedad por ganar, pues también en algunos soviets de las ciudades no se contaba con un apoyo unánime, hasta el punto de que podrían desobedecer al Congreso Panruso de los Sóviets; la máxima instancia de dirección política no estaba eximida de ser deslegitimada por los consejos de fábrica cuya labor era “el control obrero de la producción”.

Durante la guerra civil y los intentos de invasión extranjera para socavar el nuevo poder, se desarrolló un “comunismo de guerra” intentando paliar las enormes dificultades económicas y materiales que vivían los rusos durante el primer año de la revolución, y la hostilidad externa e interna que intentaba minar su reciente victoria. Dirigidas, sobre todo al campo, se impusieron drásticas medidas. Aunque los bolcheviques habían adoptado el programa para el campo de los social-revolucionarios, y repartido la tierra, se encontraron con el hecho de que esa tierra no estaba gestando ningún tipo de producción,

pues los pequeños campesinos vivían bajo subsistencia y sólo producían lo inmediato para vivir. Esta situación, hablando de un país predominantemente rural implicaba grandes problemas, pues el sustento alimenticio de las ciudades dependía de la producción rural.

La comida era la prioridad. Los trabajadores de las ciudades y las fábricas estaban hambrientos. En mayo surgió la consigna de organizar “destacamentos de alimentación” para marchar al campo y recaudar grano de los Kulaks y especuladores-la burguesía rural-, que se creía lo atesoraba. (Carr, 1981, p.36)

Desde los Kulaks (Sean entendidos como terratenientes o productores agroindustriales poseedores de grandes extensiones de tierras) hasta los campesinos pobres tenían reservas y oposiciones contra los bolcheviques, más paradójico aún:

No se podía contar con que los campesinos pobres actuaran como aliados del gobierno en contra de los Kulaks como esperaban los dirigentes del partido de Moscú. El campesino pobre era consciente de la opresión que sufría a manos del Kulak. Pero su temor al Estado y a sus paniaguados era a menudo mayor; y era capaz de preferir el mal conocido a la amenaza de una autoridad remota. (Carr, 1981, p.37).

Una expresión de Lenin sintetiza la situación con los campesinos, éstos dicen: “Somos bolcheviques, pero no somos comunistas; estamos a favor de los bolcheviques porque expulsaron a los terratenientes, pero no estamos a favor de los comunistas, porque ellos están en contra de la propiedad individual” (p.38).

En términos productivos las ciudades también

iban marcando la realidad a la que los bellos ideales del socialismo se enfrentaban crudamente, el pretendido control obrero de las fábricas y empresas tampoco se estaba dando

La esperanza inicial (...) que el trabajo de los obreros se regularía mediante autodisciplina voluntaria pronto se vio frustrada. El ‘control obrero’ sobre la producción, ejercido en cada fabrica por un comité de fábrica elegido, que había sido fomentado en el alborear de la revolución y había desempeñado un papel en la toma del poder, se convirtió pronto en una receta para la anarquía. (p.40)

Es en este contexto donde se introducen medidas para impulsar la economía, se introduce una división capitalista del trabajo, abiertamente expresada por Lenin como inevitable para instaurar una necesaria disciplina en la producción. Comenzaba así, el capitalismo de Estado, la fase inicial del socialismo real. Esta práctica entró con toda fuerza bajo la NEP, la Nueva Política Económica, que planteaba nuevas medidas en el plano económico y que abiertamente promovía el mercado, la inversión extranjera, la división capitalista del trabajo, etc. Acciones que muchos vieron como una traición a la causa del socialismo, hasta el punto de apodar la NEP como la “Nueva Estafa del Proletariado”. “Lenin se pronunció a favor del taylorismo, un sistema americano para mejorar la eficiencia del trabajo, que el mismo había denunciado como esclavizamiento del hombre a la máquina.” (Carr, 198, p.41)

Los ideales revolucionarios fueron profanados por las implacables condiciones reales, las proyecciones que en algún momento los bolcheviques tuvieron se veían desmentidas

por lo que estaba sucediendo; la autodisciplina obrera en la producción, la iniciativa a administrar las instituciones económicas y políticas, la eliminación progresiva de la coacción externa ejercida por el Estado para someter a la mayoría de la sociedad, nada de lo que habían previsto Bujarin con su escrito *El ABC del comunismo* y el de Lenin con su *El Estado y la revolución* se estaba concretando, y tampoco tenía perspectiva de realización, aunque el proletariado se encontrara situado en el poder estatal, una de las condiciones más determinantes en sus proyecciones ideales. Interpelada en sus entrañas, la revolución transitaba por caminos contradictorios y se obligaba a tomar las trayectorias que se suponía debía evitar y superar, pero, ¿el contexto permitía otra cosa?

Se puede entender ese tránsito inevitable que se tomaba mediante un capitalismo de Estado por los condicionamientos externos e internos que enfrentaba el proceso revolucionario. El problema estaría en que, por razón de las condiciones objetivas, se reprodujera una política justificadora de sus contradicciones inherentes, en este caso, un capitalismo de Estado en donde no se buscara transformar las relaciones productivas y políticas para ir logrando el tránsito definitivo hacia una nueva organización de la producción económica de la sociedad, es decir, la instauración de un socialismo en el sentido marxista. Fue esto lo que significó el periodo estalinista en la URSS: el desarrollo de una economía basada en la división capitalista del trabajo que no se pensaba en autoeliminar, no se concebía momentáneamente, sino que se puso en práctica sin límites y en tal sentido paralizaba el proyecto revolucionario, pues la reorganización económica que es la base material de una nueva sociedad quedaba en

entredicho.

Desde las deducciones teóricas que se hacían del marxismo para sustentar una división capitalista del trabajo, so pretexto de desarrollar las fuerzas productivas para generar una acumulación de riqueza con las cuales sentar las bases para que fuese instaurando el socialismo, hay problemáticas cruciales con hondas implicaciones para la revolución. Al respecto veamos las deducciones de Stalin sobre el debate en cuestión, este punto es el lugar donde está el acento de su postura, pues es la que básicamente oriento la producción material en la Rusia que dirigió.

A propósito, en el texto que hemos referenciado de Doménico Losurdo, se desarrolla el debate en torno a la nivelación salarial, allí Stalin se referirá a este problema en la producción material socialista y con una controversial inferencia expone que “el marxismo es enemigo del igualitarismo” al plantear que

La nivelación en el ámbito de las necesidades y de la vida personal es un sinsentido reaccionario y pequeño-burgués, digno de cualquier secta primitiva de ascetas, pero no de una sociedad socialista organizada marxianamente, porque no se puede exigir que todos los hombres tengan necesidades y gustos iguales, que todos los hombres vivan su vida personal según un único modelo (...) Por igualdad, el marxismo entiende no ya la nivelación en el ámbito de las necesidades personales y de las condiciones de vida, sino la destrucción de las clases. Lósif (Citado por Losurdo, 2011, p.68)

El asunto es que la no nivelación en el ámbito de las necesidades y de la vida personal significa

también no nivelar la distribución, los salarios; pues no puede existir una equiparación en la distribución material frente a trabajos cualitativamente distintos, es más, entre trabajadores cualificados y no cualificados debe corresponder una redistribución respecto a su categoría.

Con el siguiente ejemplo Stalin refrendaba su postura:

La idealización de las comunas agrícolas se ha visto impulsada en determinado momento hasta el intento de introducir las comunas incluso en oficinas y fábricas, donde los obreros cualificados y no cualificados, trabajando cada uno según su categoría, tenían que poner su salario en la caja común y dividirlo después en partes iguales. Es bien sabido cuánto daño hayan provocado a nuestra industria estos pueriles ejercicios de nivelación debidos a alborotadores de “izquierda.” Lósif (Citado por Losurdo, 2011, p.68)

Según esto, se cree seguir con la idea de Marx de reconocerle al trabajador lo equivalente a su aporte en la producción material. El problema con esta idea consistió en el tipo de relaciones productivas que adhirió el Estado Soviético bajo la división capitalista del trabajo. Cuando Stalin decía: “Es necesario que en nuestro país la productividad del trabajo supere a la productividad del trabajo de los países capitalistas más avanzados”, se adhería sin más, bajo un gobierno socialista, a la lógica de producción capitalista. El problema no consistía en desarrollar una riqueza, la cuestión era que no se proponía transformar las relaciones con el trabajo mismo: se pretendía una productividad y una riqueza bajo la división capitalista del trabajo; estaríamos así frente a una enajenación de corte socialista, realmente, la vieja enajenación capitalista

arropada ahora bajo banderas rojas.

Por eso Trotsky, incluso con su pretendida crítica a estas consideraciones de Stalin cae en el mismo error que tiene de fondo el dirigente soviético. Cuando Stalin recurría a la *Crítica al Programa de Gotha* de Marx para justificarse, le interpelaba Trotsky que: “Marx no sugería con esto la creación de una nueva desigualdad, sino una eliminación gradual de la desigualdad en los salarios, preferible a la eliminación brusca” Trotsky & Stalin (Citado por Losurdo, 2011, p. 70).

Se centra la discusión desde el problema del salario, en vez de considerar la actividad material misma, la forma en que ha de desarrollarse el trabajo, no se interpela la división burguesa de la producción con todas sus implicaciones, sigue importando el cuánto se recibe y no el cómo se hace. Se continúa con un abordaje cuantitativo en detrimento de lo cualitativo.

Las consecuencias de lo anterior se reflejan en el hecho de que se expande la brecha entre el trabajo intelectual y el trabajo físico, entre el que piensa y el que hace o ejecuta. Maniobrando retóricamente dice Stalin:

Algunos piensan que la supresión del antagonismo entre trabajo intelectual y trabajo físico puede ser alcanzada mediante cierta nivelación cultural y técnica de los trabajadores intelectuales y manuales, que se obtendría rebajando el nivel cultural y técnico de los ingenieros y los técnicos, de los trabajadores intelectuales, hasta el nivel de los obreros de cualificación media. Eso es totalmente erróneo. Lósif (Citado por Losurdo. 2011, p.71)

Sin pensar en los asuntos del salario, de hecho, aceptando una distribución desigual. ¿Por qué

de facto se rechaza la posibilidad de democratizar el trabajo manual, para que este no recaiga en los mismos, en una clase social específica condenada a la estupidización propia de la división burguesa de la producción? La forma en que Stalin propone suprimir el antagonismo entre trabajo intelectual y trabajo físico es unilateral, y por tanto su deducción es falsa, puesto que la nivelación no pasa única y exclusivamente por rebajar, como él lo supone, el nivel cultural y técnico de los intelectuales; no, es al contrario, posibilitando las condiciones materiales para que se eleve el nivel de cualificación del trabajador manual; por ejemplo, ¿por qué a trabajadores intelectuales como los ingenieros, no se les asignan trabajos físicos que contribuyan a liberar tiempo para que los trabajadores manuales dispongan de éste para su formación cultural y técnica? Bien son sabidas las consecuencias, como lo expresó Marx (2012) en *El Capital*, de someter al ser humano a la división capitalista del trabajo, donde “la manufactura (...) convierte en especialización la ausencia de toda formación” (p.284)

Como se ve, los soviéticos hicieron un abordaje de este problema extremadamente economicista, y no atacaron el fundamento tanto de la explotación como el de la enajenación del trabajador que se encuentra determinado por la división capitalista del trabajo, por la producción más que por la distribución

(...) El extrañamiento no se muestra sólo en el resultado, sino en el acto de la producción, dentro de la actividad productiva misma. (...) Por tanto, si el producto de trabajo es la enajenación, la producción misma ha de ser la enajenación activa, la enajenación de la actividad; la actividad de la enajenación. (Marx, 1993,

p.112)

No es tanto por lo que se recibe en salario, sino por la forma misma en que se produce. En ese sentido, poco importa que el trabajador, cualificado o no, reciba un salario que supere la media social de los ingresos cuando la actividad productiva por la cual recibe ese salario sigue siendo enajenadora, es decir, lo separa del producto de su trabajo, lo reduce a una acción precisa en toda su jornada, le impide el conocimiento del proceso productivo en el que participa y lo somete a largas jornadas. El salario en las sociedades capitalistas es sólo una de las manifestaciones de la explotación, una objetivación, más no su único factor y el menos determinante.

(...) El Estado como capitalista, como en la Unión Soviética no habría sido mejor acogido por Marx que el capitalista privado. Lo que le preocupa esencialmente no es la igualdad del ingreso. Le preocupa la liberación del hombre de un tipo de trabajo que destruye su individualidad, que lo transforma en cosa y que lo convierte en esclavo de las cosas. (Fromm, 2016)

En los *Manuscritos*, Marx denunciaba moralmente las consecuencias humanas de la enajenación, y en *El Capital* desentraña empírica y teóricamente las relaciones reales y materiales en las que tal enajenación se desarrolla, se sostiene una coherencia analítica que, como podrá evidenciar el lector, tiene su punto más álgido en *El Capital*.

(...) Dentro del sistema capitalista, todos los métodos encaminados a intensificar la fuerza productiva social del trabajo se realizan a expensas del obrero individual: todos los medios enderezados al desarrollo de la producción se truecan en medios de explotación y esclavizamiento del productor, mutilan el obrero

convirtiéndolo en un hombre fragmentario, lo rebajan a la categoría de apéndice de la máquina, destruyen con la tortura de su trabajo el contenido de éste, le enajenan las potencias espirituales del proceso del trabajo en la medida en que a éste se incorpora la ciencia como potencia independiente; corrompen las condiciones bajo las cuales trabaja; le someten, durante la ejecución de su trabajo, al despotismo más odioso y más mezquino; convierten todas las horas de su vida en horas de trabajo; lanzan a sus mujeres y sus hijos bajo la rueda trituradora del capital. (Marx, 2012, pp. 546-547)

Lo más problemático no residía en que por los condicionamientos estructurales, tanto al interior como en el exterior de Rusia, se viera obligado el poder soviético a dirigir la economía de tal modo —a diferencia de lo que sucedió en la década del 20 cuando la instauración de la NEP era algo inevitable—; el error imperdonable era que se justificara incluso teóricamente una división capitalista del trabajo —aunque eso sólo se podía hacer bajo una negación soterrada de algunas de las ideas más potentes del marxismo en su crítica al capitalismo— que no reconociera abiertamente la contradicción y que, sobre todo, no se le proyectara una fecha de vencimiento, si es que en verdad se luchaba por un socialismo. En este proceder, existe una abismal diferencia entre Lenin y Stalin. Como hemos visto, en lo concerniente a la paz de Brest Litovks, Vladimir Uliánov delata los cambios que va teniendo el proceso político y enfatiza, sobre todo, en aquellas imposibilidades y obstáculos que la realidad impone para realizar lo que desde el marxismo se había teorizado como la actuación correcta en el proceso revolucionario, al igual que en la NEP expuso las contradicciones inherentes

que padecía dicho proceso, su implacable realismo se exponía en sus discursos, y nunca sacrificó el marxismo para justificar los virajes políticos que la hechura de la revolución iba requiriendo, en Lenin al igual que en Antonio Gramsci se personifica ese lema que orienta la vida del intelectual orgánico *Dire la verità è rivoluzionario*.

Así, el capitalismo de Estado con sus nefastas consecuencias no sólo se justificó, sino que se extendió en la URSS. En una de las memorias de Svetlana Aleksiéovich, *El fin del “Homo sovieticus”*, se expresa lo que significaba trabajar en la Unión Soviética; el relato expone no sólo la diferencia salarial entre un trabajador cualificado (un ingeniero) y un obrero manual (un caldero), sino la enajenación como ese extrañamiento frente a una actividad en la que el trabajador no se reconoce. El tedio, fruto de la enajenación que se experimenta en un trabajo manual lleva a que el obrero prefiera tener tiempo libre a un incremento salarial.

Un relato que corresponde a la época de Gorbachov, y que manifiesta que los errores cometidos en la época estalinista nunca fueron superados.

Trabajabas una jornada de veinticuatro horas completas y después librabas dos días. En aquellos tiempos un ingeniero ganaba ciento treinta rublos al mes, mientras que yo me sacaba noventa como caldero. Aceptabas sacrificar cuarenta rublos de salario a cambio de la libertad absoluta. (Aleksiévich, 2015)

Para finalizar, no dejemos de indicar que estas últimas reflexiones nos arrojan hacia una problemática inherente al marxismo, la tensión entre utopía y realismo. Siempre presente, puesto que lo uno y lo otro no se puede desligar de una praxis revolucionaria o de una política

que aspire a una transformación estructural de las sociedades. Ni una utopía que aspire a lo que “debería ser” sin tomarse el trabajo de conocer las condiciones reales en que ha de realizarse su proyecto transformador, ni tampoco un realismo craso que, a nombre de desplegarse bajo las determinaciones reales, renuncie a pensar y a idear las formas de superarlas, lo que no es más que convertirse en un lacayo de los hechos, que a la larga se traduce en la abolición de los cambios radicales, so pretexto de que hay limitaciones externas que los hacen imposibles como argüía en su momento el socialismo real.

El que aspira a un mundo distinto tiene inevitablemente algo de utopista, pues aspira a algo que todavía no es real, que es inexistente. Un revolucionario a la vez que observa el presente debe mirar más allá de él, se arriesga a preverlo y a proyectarlo, pero sin armar cerrojos a los diagnósticos del presente y a las proyecciones futuras, es decir, alimentándose de una cierta dosis de utopía, entendida como un horizonte de perfectibilidad que evita caer en los idealismos cuando se acompaña de una potente teorización, buscando en el presente no solo el mejor movimiento, sino las fugas a su dominio.

Referencias bibliográficas

- Aleksiévich, S. (2015). *El fin del Homo Sovieticus*. Barcelona: Acantilado.
- Benjamin, W. (2013). *Tesis sobre la Historia y otros fragmentos*. Colombia: desde abajo.
- Carr, E. H. (1970). *Estudios Sobre la Revolución*. Madrid: Alianza Editorial.
- Carr, E. H. (1981). *La Revolución Rusa: de Lenin a Stalin, 1917-1924*. Madrid: Alianza editorial.
- Fromm, E. (2016). *Marx y su concepto del hombre*. México: Fondo de cultura.
- Gramsci, A. (2013). *Antología -Antonio Gramsci*. España: Akal.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Grijalbo.
- Lenin, V. (1967). *Acerca de la gran Revolución Socialista de Octubre*. Moscú: Progreso.
- Lenin, V. (1975). *¿Qué Hacer?*. Pekin: Lenguas extranjeras Pekin.
- Losurdo, D. (2008). *Stalin. Historia y critica de una leyenda negra*. España: Viejo Topo.
- Losurdo, D. (2011). *Stalin. historia y crítica de una leyenda negra*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Marx, C. (1993). *Manuscritos: economía y filosofía*. Barcelona: Atlaya.
- Marx, C. (2012). *El Capital*. México: Fondo de cultura económica.
- Marx, C., & Engels, F. (1975). *La Ideología alemana*. Bogotá: Arca de Noe.
- Marx, C., & Engels, F. (1976). *Obras Escogidas*. Moscú: Progreso.
- Figes, O., & Kolonitskii, B. (2001). *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Reed, J. (1977). *Diez días que estremecieron al mundo*. Moscú: Progreso.
- Schütrumpf, J. (2011). *Rosa Luxemburg o el precio de la libertad*. Berlin: Karl Dietz Berlín.
- Zuleta, E. (1987). *Ensayos sobre Marx*. Medellín: Percepción.